

Campistas, consumidores y conejeros

Ricardo Santana Santana

Como todos los veranos, en los últimos años surge la polémica sobre determinada utilización del territorio en nuestra Isla; los campistas salen a las playas y ponen de manifiesto la fragilidad y escasez del mismo y, una vez más, los problemas se concentran en Papagayo, lugar emblemático tanto para los campistas como para los turistas que nos visitan, dando lugar a un conflicto tan inevitable como de complicada resolución. No obstante, la dificultad no debe justificar que miremos hacia otra parte con objeto de obviar lo que no somos capaces de resolver, pues es imprescindible tratar de plantear con claridad cualquier problema que surja, ya que en el hecho de encararlo se encuentra una parte de la solución. Y este asunto afecta a comportamientos y hechos fundamentales para la futura convivencia armónica de diferentes poblaciones en Lanzarote.

Los campistas de Papagayo

La visita de la Consejera de Política Territorial del Gobierno de Canarias y las manifestaciones del Alcalde

de Yaiza, a principios del verano, volvieron a poner de manifiesto el problema que tratamos: la ocupación indiscriminada de las playas de Papagayo por parte de los campistas conejeros, así como el estado en que dichas playas se encuentran y su adecuación para el uso turístico. Las autoridades, tanto gobierno como ayuntamiento, coincidían en la necesidad de trasladar a los campistas a la playa de Puerto Muelas, previo acondicionamiento de aquella zona para la acampada ordenada y mínimamente reglada, pero esta alternativa no ha resultado del agrado de los campistas, que reclaman su derecho a utilizar la zona de Playa Mujeres, que consideran la más idónea para sus actividades recreativas.

La elección de la playa de Puerto Muelas, la más alejada de la península de Papagayo, no parece casual. El objetivo resulta evidente: esconder a los campistas, para que no entorpezcan el uso que de la zona hacen los turistas. Es aquí donde surge el conflicto, ya que no pasa desapercibido que los de las casetas tienen todos la misma precedencia; dicho de otra forma, que prácticamente la totalidad son conejeros. Ante este hecho, la elección de las instituciones es clara: primar el uso del territorio por el turista frente al que puedan hacer los habitantes locales. No obstante, no conviene simplificar en exceso ni caer en la demagogia ante un problema que se repite en nuestra Isla a lo largo del tiempo y del espacio.

No deja de resultar llamativo que este conflicto se plantee tan crudamente bajo el gobierno de un alcalde nacionalista, pues si los

*Primar el uso
del territorio
por el turista
frente al que
puedan hacer
los habitantes
locales*

*El territorio
afecta, entre
otras cosas, a la
propia
identidad
comunitaria de
una población*

cantos de sirena del nacionalismo conejero para defender “lo nuestro” tienen algún viso de realidad, no podemos obviar la contradicción entre la mencionada defensa de “lo nuestro” y el abandono “de los nuestros”, salvo que hagamos caso a las manifestaciones del Alcalde sobre la preferencia de “los de Yaiza” a la hora de utilizar aquel espacio natural. En este caso, es probable que trascendamos la polémica entre nacionalismo e insularismo —tan utilizada por los miembros del PNL— para caer en el localismo puro y duro. ¿Quizá en los próximos tiempos podamos asistir a la formación del nacionalismo de Yaiza, al que seguirían los nacionalismos del resto de los siete municipios insulares? Sin olvidar la posibilidad de que se incrementen estos siete nacionalismos, ya que podría apreciarse una gran diferencia entre ser nacionalista de Teguiise, de Costa Teguiise o de Tahiche.

***El sostén económico:
el turismo***

Abandonando el excursio sobre los nacionalismos, es importante señalar que nos encontramos ante un problema que afecta notablemente a nuestra economía, a la industria turística. Por ello, que los campistas formen parte de un grupo de escasa disponibilidad monetaria y que pertenezcan a lo que los economistas denominarían un mercado cautivo explica, en parte, que nuestras autoridades estén dispuestas a largarlos de Playa Mujeres. Lo cierto es que forman parte de la población que haga lo que haga está obligada a gastarse las perras aquí y por lo tanto no resulta imprescindible mimarlos en exceso. Frente a ellos, los turistas

pueden venir o no venir, dejarse los marcos o libras en la Isla o en cualquier otro lugar. A ellos sí es obligado tratarlos con cariño, proporcionarles alicientes que hagan satisfactoria su estancia y convertirles en propagandistas de nuestro negocio turístico.

En este sentido, mantenía el Alcalde de Yaiza que no estaba dispuesto a poner en peligro nuestro sostén económico, la industria de la que todos vivimos. Decía que por ahí no pasaba. Y, ciertamente, no parece fácil quitarle la razón; el asunto es complejo. Si aceptamos que nuestro sustento nos lo proporcionan los turistas, ¿qué mejor que dejar Papagayo despejado para el disfrute de quienes nos alimentan? El argumento aparece como incontestable, pero tanto para Papagayo como para cualquier otro lugar de Lanzarote. Las zonas turísticas son de los turistas; el territorio virgen también, ya que se convierte en imprescindible para su disfrute; los pueblos tienen que conservarse impolutos para la imagen turística de la Isla. En realidad, sólo nos queda Arrecife, que parece ser el lugar que nadie quiere, y donde, por tanto, podemos hacer lo que nos plazca y vivir rodeados de nuestras propias basuras, que son “tan nuestras” que no hace falta ni recogerlas.

Territorio escaso y disputado

Habitamos en una isla de 700 Km². Una isla pequeña; un territorio frágil desde el punto de vista del ecosistema; un lugar emblemático por sus características paisajísticas; un chollo climático para los europeos del Norte que se pelan de frío durante la mayor parte del año y para los que ver el sol ya es casi un privilegio. Pero también,

como resaltábamos con anterioridad, un lugar que vive de un monocultivo económico: el turismo. Todo hay que cuidarlo y mantenerlo para el disfrute de los turistas: nuestras playas, nuestros volcanes, nuestras casas y pueblos, los espacios naturales, etc. En suma, quien paga manda y, en nuestro caso, el que paga es el turista.

Hace ya años se optó por un modelo económico basado exclusivamente en el turismo, y fue en ese mismo momento cuando se decidió quiénes pasaban a ser los auténticos propietarios de nuestro suelo, aunque la mayoría no fuéramos conscientes de lo que se nos venía encima. Por ello, las manifestaciones del Alcalde de Yaiza en esta historia no resultan en absoluto infundadas. El problema es que en esta disputa aún son muchos los conejeros, nacionalistas o no, que piensan que este territorio nos pertenece y, por lo tanto, les da por cabrear cuando les echan de un sitio para que no molesten a los visitantes; o cuando en el conflicto por el uso del espacio disponible entre los de aquí y los que nos visitan se toma partido, inequívocamente, por los de fuera, por los que nos pagan. Pero en realidad, ¿de quién es el territorio? ¿De quien lo paga o de quien nació o vive en él?

Pero, al margen de quién es el propietario, lo cierto es que el conflicto nace de la propia utilización de un bien tan escaso en Lanzarote como es el territorio. Por supuesto, no parece de recibo que los campistas planten sus casetas en un espacio natural y las tengan allí durante meses, lo que nos lleva a constatar la necesidad de ordenar racionalmente el uso de este espa-

cio, así como el del conjunto del territorio libre en la Isla.

Señalemos que, no obstante, cuando hablamos de territorio no nos referimos al suelo, como defendía Luis Díaz Fera en el nº 1 de esta revista, no son conceptos sinónimos, pues el territorio afecta, entre otras cosas, a la propia identidad comunitaria de una población. Abunda en esta idea la frase que expresa que un lanzaroteño puede, en esta situación, sentirse extraño en su tierra. Que nos sintamos extraños no lo pongo en duda, pero empieza a no estar tan claro que sea nuestra tierra. Como bien podría decir el nacionalista Alcalde de Yaiza, estamos hablando de economía no de zarandajas identitarias. La identidad es algo que reservamos para las fiestas del pueblo y las campañas electorales y, entre tanto, mejor seguir preocupados por la cuenta corriente, al fin y al cabo "lo único importante".

De conejeros a consumidores

Cuando se mantiene que vivimos *del* turismo uno se pregunta si la realidad no será más bien que vivimos *para* el turismo. Cuando uno no vive *del* consumo sino *para* el consumo se convierte en consumidor, algo que para muchos ha pasado a ser sinónimo de persona o ciudadano, pero que en realidad es radicalmente diferente, ya que al consumidor su identidad, si puede llamarse así, se la proporciona la posesión de objetos, no la pertenencia a ninguna comunidad geográfica, cultural o ciudadana. ¿Cuál es la diferencia sustancial que existe entre un consumidor conejero y un consumidor turista? Si las relaciones humanas se transforman en intercambio de cosas,

Cuando se mantiene que vivimos del turismo uno se pregunta si la realidad no será más bien que vivimos para el turismo

*Tratar de
construir
nuevos vínculos
comunitarios
para conformar
una nueva
identidad
conejera*

los conflictos se “resuelven”, entonces, en el mercado, donde la identidad personal o comunitaria no tiene cabida.

Por el contrario, lo que si encuentra un lugar en el mercado es la falsa identidad para consumo turístico. Una identidad de caramelo. Hasta tal punto que no son pocos los lanzaroteños que hemos acabado confundiéndola con nuestra identidad real. Como muestra, por ejemplo, la obsesión por el blanco y la artificialidad turística de la *lanzacasa*, que ha terminado convirtiéndose, para muchos, en la morada de nuestra identidad primigenia. Hemos asumido como propio un modelo a medias importado de Ibiza y de los extrarradios de las ciudades estadounidenses. Pero más humillante resulta aún observar cómo dan vueltas la camella y el paisano en el Monumento al Campesino para solaz de los turistas. Una porción de falsa identidad conejera para el consumidor visitante. A todo se le puede poner un precio en el mundo del consumo.

Conclusión

Cuando se está dispuesto a enfangarse en la sociedad consumista y en la adicción televisiva, que todo lo uniformizan, hablar de nuestra identidad no pasa de ser un adorno folclórico. La homogeneización que la globalización económica y cultural provocan acaba con la diferencia y, por tanto, con cualquier identidad comunitaria autónoma. Los cantos a las esencias conejeras y a salvaguardar “lo nuestro” son sólo meros recursos para el blanqueado de malas conciencias y muestran nuestra incapacidad para afrontar la oposición radical entre la vieja identidad

comunitaria, que jamás volverá como la conocimos, y la realidad económica, social y cultural en la que estamos inmersos; a la postre, un bálsamo inútil para tratar de sobrellevar la soledad personal y tribal en la que nos coloca la posesión de objetos como única forma de relacionarnos con los demás.

Mientras no pensemos en nosotros, en plural, y dejemos de vivir *para* el turismo, aunque vivamos *del* turismo, nuestra identidad comunitaria, y por lo tanto personal, desaparecerá en la imagen del consumidor universal estandarizado. Resulta imprescindible tratar de construir nuevos vínculos comunitarios que permitan conformar una nueva identidad conejera, que no se alimente exclusivamente del pasado y tenga en cuenta la nueva realidad que nos rodea.

No permitamos que la economía lo invada todo. Ha llegado la hora de detener el irracional crecimiento lanzaroteño, que si bien nos sacó de la miseria, ahora nos impide reencontrarnos con nosotros mismos y encauzar armónicamente el desarrollo de la Isla. Si el único criterio es el de la “racionalidad” económica imperante, entonces seremos expulsados de todos y cada uno de los parajes de *nuestro* territorio que la “economía” necesite utilizar. Por tanto, abandonemos el estrecho y empobrecedor mundo del consumo y la pasividad televisiva y salgamos a la calle en busca de los nuestros, evitando convertirnos en turistas en nuestra propia tierra. En el enriquecedor caldo de cultivo de la actividad social y ciudadana podremos recuperar/construir la identidad personal y comunitaria que ahora echamos de menos.